

“ADAM” POR KURT VONNEGUT

Antecedentes

En el cuento “Adam”, ambientado a principios de los años 50, el protagonista, Heinz Knechtmann (knDKHtPmän), ha sobrevivido a las atrocidades del Holocausto y, como muchos supervivientes judíos, ha llegado a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Al comienzo de la historia, él y otro futuro padre, el Sr. Sousa, están en la sala de espera de un hospital de maternidad.

Era medianoche en un hospital de Chicago.

“Sr. Sousa”, dijo la enfermera, “su esposa tuvo una niña. Puede ver al bebé en unos veinte minutos”.

“Lo sé, lo sé, lo sé”, dijo el Sr. Sousa, un gorila hosco, claramente impaciente por que le explicaran una rutina tediosa y conocida.” Chasqueó los dedos. “¡Niña! Siete, ahora. Ahora tengo siete niñas. Una casa llena de mujeres. Puedo ganarle a diez hombres de mi tamaño. Pero, ¿qué consigo? Niñas”.

“Señor Knechtmann”, dijo la enfermera al otro hombre de la habitación. Pronunció el nombre, como casi todos los estadounidenses, un descolorido Netman. “Lo siento. Todavía no se sabe nada de su esposa. Nos está haciendo esperar, ¿verdad?” Sonrió de forma vidriosa y se fue.

Sousa se volvió contra Knechtmann. “Un pequeño maldito como tú, Netman, quieres un niño, ¡bing! Tienes uno. Quieres un equipo de fútbol, bing, bing, bing, once, lo tienes”. Salió de la habitación dando un pisotón.

El hombre que dejó atrás, ya solo, era Heinz Knechtmann, prensista en una tintorería, un hombre pequeño con muñecas delgadas y una columna vertebral maltrecha que lo mantenía ligeramente encorvado, como si estuviera siempre cansado. Su rostro era largo, de nariz grande y labios finos, pero estaba tan cubierto de humildad de buen humor que resultaba hermoso. Sus ojos eran grandes y cafés, de mirada profunda y larga. Solo tenía veintidós años, pero parecía y se sentía mucho mayor. Había muerto un poco a medida que cada miembro de su familia había sido llevado y asesinado por los nazis, hasta que solo en él, a los diez años, la vida y el nombre de Knechtmann habían compartido un alma. Él y su esposa, Avchen, habían crecido detrás de los alambres de púas.

Llevaba doce horas mirando las paredes de la sala de espera, desde el mediodía, cuando los dolores de parto de su mujer se habían vuelto regulares, las oleadas de rodillos lentos que llegaban desde el mar a una milla de distancia, desde muy, muy lejos. Este sería su segundo hijo. La última vez que esperó, lo hizo sobre un colchón de paja en un campo de desplazados en Alemania. El niño, Karl Knechtmann, llamado así por el padre de Heinz, había muerto, y con él, una vez más, había muerto el nombre de uno de los mejores violonchelistas que han existido.

Cuando el adormecimiento de los deseos cansados se disipó momentáneamente durante esta segunda vigilia, la mente de Heinz era un popurrí de orgullosos nombres de familia, desaparecidos, todos ellos, que podrían volver a cobrar vida en este nuevo ser... si viviera. Peter Knechtmann, el cirujano; Kroll Knechtmann, el botánico; Friederich Knechtmann, el dramaturgo. Recordaba tenuemente

a los tíos. O si era una niña, y si vivía, sería Helga Knechtmann, la madre de Heinz, y aprendería a tocar el arpa como lo había hecho la madre de Heinz, y a pesar de la fealdad de Heinz, sería hermosa. Los hombres Knechtmann eran todos feos, las mujeres Knechtmann eran todas hermosas como ángeles, aunque no todas ángeles. Siempre había sido así, durante cientos y cientos de años.

“Sr. Netman”, dijo la enfermera, “es un niño, y su mujer está bien. Ahora está descansando. Puede verla por la mañana. Puede ver al bebé en veinte minutos”. Heinz levantó la mirada muda. “Pesa cinco libras y nueve onzas”. Volvió a marcharse, con la misma sonrisa primitiva y los mismos pasos oficiosos y chirriantes. “Knechtmann”, murmuró Heinz, poniéndose de pie e inclinándose ligeramente hacia la pared. “El nombre es Knechtmann”. Volvió a inclinarse y esbozó una sonrisa cortesana y triunfal. Pronunció el nombre con una exagerada pronunciación del Viejo Mundo, como un lacayo elegante que anuncia la llegada de la nobleza, un redoble gutural, no suavizado para los oídos estadounidenses. “¡KhhhhhhhhhhNECHT! mannnnnnnnnn”.

“¿Sr. Netman?” En la puerta de la sala de espera había un doctor muy joven con la cara rosada y el pelo rojo muy corto. “Tenía ojeras y hablaba entre bostezos.

“¡Dr. Powers!”, gritó Heinz, apretando la mano derecha del hombre entre las suyas. “Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios y gracias a usted”.

“Um”, dijo el Dr. Powers, y se las arregló para sonreír débilmente.

“No hay nada malo, ¿verdad?”

“¿Malo?”, dijo Powers. “No, no. Todo está bien. Si me veo abatido, es porque he estado despierto treinta y seis horas seguidas”. Cerró los ojos y se apoyó en el marco de la puerta. “No, ningún problema con su esposa”, dijo con voz lejana. “Está hecha para tener bebés. Tostadora normal. Como rodar un tronco. Schnip-schnap”.

“¿Lo es?”, dijo Heinz incrédulo. El Dr. Powers sacudió la cabeza, recuperando la conciencia.

“Mi mente se desconectó por completo. Sousa... confundí a su esposa con la Sra. Sousa. Terminaron en un empate. Netman, usted es Netman. Lo siento. Su esposa es la que tiene problemas de pelvis”.

“Desnutrición de niña”, dijo Heinz.

“Sí. Bueno, el bebé nació normalmente, pero, si van a tener otro, es mejor que sea por cesárea. Solo para estar seguros”.

“No tengo palabras para agradecerse”, dijo Heinz fervientemente. El Dr. Powers se mojó los labios y luchó por mantener los ojos abiertos.

“Ajá. está bien”, dijo con fuerza. “Buenas noches. Suerte”. Salió tambaleándose al pasillo.

La enfermera asomó la cabeza en la sala de espera. “Puede ver a su bebé, Sr. Netman”.

“Doctor...”, dijo Heinz, saliendo a toda prisa al pasillo, queriendo estrechar de nuevo la mano de Powers para que este supiera el magnífico trabajo que había hecho. “Es lo más maravilloso que ha ocurrido jamás”. Las puertas del ascensor se cerraron entre ellos antes de que el Dr. Powers pudiera mostrar un atisbo de respuesta.

“Por aquí”, dijo la enfermera. “Gire a la izquierda al final del pasillo y allí encontrará la ventana de los cuneros. Escriba tu nombre en un trozo de papel y manténgalo contra el vidrio”. Heinz caminó solo, sin ver a otro ser humano hasta llegar al final. Allí, al otro lado de un gran panel de vidrio, vio un centenar de ellos metidos en cuneros de lona poco profundos, acomodados en un bloque cuadrado de

filas rectas. Heinz escribió su nombre en el reverso de un papel de lavandería y lo pegó a la ventana. Una enfermera gorda y plácida miró el papel, no la cara de Heinz, se perdió su gran sonrisa, se perdió de una invitación urgente para compartir por un momento su éxtasis. Agarró uno de los cuneros y lo rodó ante la ventana. Volvió a apartar la vista, perdiéndose una vez más la sonrisa.

“Hola, hola, hola, pequeño Knechtmann”, dijo Heinz a la ciruela roja del otro lado del vidrio. Su voz resonó en el duro y desnudo pasillo, y volvió a él con una sonoridad embarazosa. Se sonrojó y bajó la voz. “Pequeño Peter, pequeño Kroll”, dijo en voz baja, “pequeño Friederich, y también hay Helga en ti. Pequeña chispa de Knechtmann, pequeña casa del tesoro. Todo está guardado en ti”.

“Me temo que tendrá que bajar la voz”, dijo una enfermera, asomando la cabeza desde una de las habitaciones.

“Lo siento”, dijo Heinz. “Lo siento mucho”. Guardó silencio y se contentó con golpear ligeramente la ventana con una uña, intentando que el niño lo mirara. El joven Knechtmann no quiso mirar, no quiso compartir el momento, y al cabo de unos minutos la enfermera se lo volvió a llevar. Heinz sonreía al subir al ascensor y al cruzar el vestíbulo del hospital, pero nadie le dedicó más que una mirada superficial. Pasó por delante de una fila de cabinas telefónicas y allí, en una de las cabinas con la puerta abierta, vio a un soldado con el que había compartido la sala de espera una hora antes.

“Sí, Mamá, siete libras y seis onzas. Tiene el pelo como Buffalo Bill. No, aún no hemos tenido tiempo de encontrar un nombre para ella... ¿Eres tú, papá? Sí, madre e hija están bien, muy bien. Siete libras y seis onzas. No, no hay nombre. . . ¿Eres tú, hermana? Es muy tarde para que estés levantada, ¿no? Todavía no se parece a nadie. Déjame hablar con mamá otra vez. . . ¿Eres tú, mamá? Bueno, creo que esas son todas las noticias de Chicago. Ahora, mamá, mamá, tómallo con calma, no te preocupes. Es un bebé muy hermoso, mamá. Solo que el pelo se parece a Buffalo Bill, y lo dije en broma, mamá. Así es, siete libras y seis onzas...”

Había otras cinco cabinas, todas vacías, todas abiertas para llamadas a cualquier lugar de la tierra. Heinz anhelaba apresurarse a entrar en uno de ellos, sin aliento, y contar la maravillosa noticia. Pero no había nadie a quien llamar, nadie que esperara las noticias.

Pero Heinz seguía sonriendo, y cruzó la calle y entró en una tranquila taberna del lugar. En la húmeda penumbra solo había dos hombres, têtê-à-têtê, el camarero y el señor Sousa.

“Sí señor, ¿qué desea?”

“Me gustaría invitaros a usted y al Sr. Sousa a una copa”, dijo Heinz con una efusividad extraña en él.

“Me gustaría el mejor brandy que tenga. ¡Mi esposa acaba de tener un bebé!”

“¿De veras?”, dijo el camarero con educado interés.

“Cinco libras y nueve onzas”, dijo Heinz.

“Ah”, dijo el camarero. “Qué bien”.

“Netman”, dijo Sousa, “¿Qué tuvo?”

“Niño”, Heinz con orgullo.

“Nunca he fallado”, dijo Sousa con amargura. “Son los hombres pequeños, siempre los hombres pequeños”.

“Chico, chica”, dijo Heinz, “todo da igual, mientras viva. Allí, en el hospital, están demasiado cerca para ver la maravilla. Un milagro una y otra vez: el mundo hecho nuevo”.

“Espere a que haya acumulado siete, Netman”, dijo Sousa. “Luego vuelve y me cuenta el milagro”

“¿Tiene siete?”, dijo el camarero. “Le gano por uno. Tengo ocho”. Sirvió tres tragos.

“En lo que a mí respecta”, dijo Sousa, “puede quedarse con el campeonato”. Heinz levantó su vaso.

“Brindo por una larga vida con muchas habilidades y felicidad a Peter Karl Knechtmann”. Respiró rápidamente, excitado por la decisión.

“Ahí hay un asidero al que se puede agarrar”, dijo Sousa. “Uno pensaría que el chico pesa doscientos libras”.

“Peter es el nombre de un famoso cirujano”, dijo Heinz, “el tío abuelo del niño, ya fallecido”. Karl era el nombre de mi padre”.

“Brindo por Pete K. Netman”, dijo Sousa, con un saludo superficial.

“Pete”, dijo el camarero, bebiendo.

“Y brindo por su pequeña niña, la nueva”, dijo Heinz.

Sousa suspiró y sonrió con cansancio. “Por ella. Que Dios la bendiga”.

“Y ahora, propondré un brindis”, dijo el camarero, golpeando la barra con el puño. “De pie, caballeros. Arriba, arriba, todos arriba”. Heinz se puso de pie y sostuvo su copa en alto, dispuesto a dar el siguiente paso en la camaradería, un brindis por toda la raza humana, de la que los Knechtmann seguían formando parte.

“¡Por los Medias Blancas!”, rugió el camarero. “Minoso, Fox, Mele”, dijo Sousa.

“¡Fain, Lollar, Rivera!”, dijo el camarero.

Se volvió hacia Heinz. “¡Bebe, muchacho! ¡Los Medias Blancas! No me diga que es fanático de los Cubs”.

“No”, dijo Heinz, decepcionado. “No, me temo que no sigo el béisbol”. Los otros dos hombres parecían alejarse de él. “No he podido pensar en mucho más que en el bebé”.

El camarero dirigió de inmediato toda su atención a Sousa. “Mire”, dijo intensamente, “quitan a Fain de la primera, y lo ponen en la tercera, y le dan a Pierce la primera. Entonces mueven a Minoso del jardín izquierdo al campocorto. ¿Ve lo que estoy haciendo?”

“Sí, sí”, dijo Sousa con entusiasmo.

“Y entonces cogemos a ese inútil de Carrasquel y...” Heinz estaba de nuevo solo, con seis metros de barra entre él y los otros dos hombres. Bien podría haber sido un continente. Terminó su bebida sin placer, y se fue en silencio.

En la estación de tren, donde esperaba un tren local que lo llevara a su casa en el South Side, el resplandor de Heinz volvió a aparecer cuando vio a un compañero de la tintorería entrar con una chica. Se reían y tenían los brazos alrededor de la cintura del otro. “Harry”, dijo Heinz, corriendo hacia ellos.

“Adivina qué, Harry. Adivina lo que acaba de pasar”. Sonrió ampliamente. Harry, un joven alto, elegante y de nariz respingona, miró a Heinz con ligera sorpresa.

“Oh-hola, Heinz. ¿Qué pasa, chico?” La chica miraba perpleja, como si se preguntara por qué los abordaba a una hora tan extraña una persona tan extraña. Heinz evadió sus ojos ligeramente burlones.

“Un bebé, Harry. Mi esposa acaba de tener un niño”.

“Oh”, dijo Harry. Extendió su mano. “Bueno, felicidades”. La mano estaba floja.

“Me parece estupendo, Heinz, perfectamente estupendo”. Retiró la mano y esperó a que Heinz dijera algo más.

“Sí, sí, hace una hora”, dijo Heinz. “Cinco libras y nueve onzas. Nunca he sido más feliz en mi vida”.

“Bueno, yo creo que es perfectamente estupendo, Heinz. Deberías estar contento”.

“Sí, en efecto”, dijo la chica. Hubo un largo silencio, con los tres cambiando de un pie a otro.

“Una muy buena noticia”, dijo por fin Harry.

“Sí, bueno”, dijo rápidamente Heinz, “eso es todo lo que tenía que decirte”.

“Gracias”, dijo Harry. “Me alegro de oírlo”. Hubo otro silencio incómodo.

“Nos vemos en el trabajo”, dijo Heinz, y regresó alegremente a su banco, pero con el cuello enrojecido delatando lo tonto que se sentía. La chica soltó una risita. De vuelta a casa, en su pequeño apartamento, a las dos de la mañana, Heinz hablaba consigo mismo, con el moisés vacío y con la cama. Hablaba en alemán, un idioma que había jurado no volver a hablar.

“No les importa”, dijo Heinz. “Están demasiado ocupados, ocupados, ocupados para darse cuenta de la vida, para sentir algo al respecto. Ha nacido un bebé”. Se encogió de hombros. “¿Qué puede ser más aburrido? ¿Quién sería tan estúpido como para hablar de ello, para pensar que hay algo importante o interesante en ello?” Abrió una ventana en la noche de verano, y miró el cañón iluminado por la luna de los porches de madera gris y los cubos de basura. “Somos demasiados, y todos estamos demasiado alejados”, dijo Heinz. “Ha nacido otro Knechtmann, otro O'Leary, otro Sousa. ¿A quién le importa? ¿Por qué debería importarle a alguien? ¿Qué diferencia hay? Ninguna”. Se acostó con la ropa puesta en la cama sin hacer y, con un suspiro traqueteante, se durmió.

Se despertó a las seis, como siempre. Bebió una taza de café y, con un irónico sentido del anonimato, subió y fue empujado a bordo del tren del centro. Su rostro no mostraba ninguna emoción. Era como todas las demás caras, aparentemente incapaz de sorprenderse o maravillarse, de alegrarse o enfadarse. Atravesó la ciudad hasta el hospital con el mismo desprendimiento, un hombre gris y sin interés, una parte de la ciudad. En el hospital, se mostraba tan decidido y tranquilo como los médicos y las enfermeras que le rodeaban. Cuando fue conducido a la sala donde Avchen dormía tras unos biombos blancos, solo sintió lo que siempre había sentido en su presencia: amor y un doloroso asombro y gratitud por ella.

“Adelante, despiértela con cuidado, Sr. Netman”, dijo la enfermera.

“Avchen...” La tocó en su hombro de piel blanca. “Avchen”. ¿Estás bien, Avchen?”

“¿Mmmmmmm?” murmuró Avchen. Sus ojos se abrieron hasta convertirse en estrechas rendijas.

“Heinz”. Hola, Heinz”.

“Cariño, ¿estás bien?”

“Sí, sí”, susurró ella. “Estoy bien. ¿Cómo está el bebé, Heinz?”

“Perfecto”. Perfecto, Avchen”.

“No podrían matarnos, ¿verdad, Heinz?”

“No”. “Y aquí estamos, tan vivos como podemos estar”.

“Sí”. “La bebé, Heinz...” Abrió mucho sus ojos oscuros. “Es lo más maravilloso que ha pasado, ¿no?”

“Si”, dijo Heinz.

Vonnegut, Adam (1954). Retrieved from <https://www.asd20.org/School/rhs/Teachers/Nicole.Kinzer/10th%20Grade/2.0%20STORYTELLING/Adam%20and%20Survival%20at%20Auschwitz.pdf>